

a exposición *Bríon Boggie Woogie*, del artista Vitor Mejuto (Barcelona, 1969, hijo de padres gallegos, criado en Melide y residente en Bríon), se presenta como su propio título indica como un homenaje a Mondrian pero por supuesto al taller de trabajo del propio artista instalado en el municipio en el que tiene su domicilio, a escasos kilómetros de Compostela. Agradecido como el que más a su entorno, a la cultura de la que se nutre, a lo vernáculo y a lo más sofisticado del diseño y la arquitectura; no tiene, sin embargo, pudor a la hora de mencionar sus devociones artísticas ya sea en los títulos ya en la selecta relación de nombres que no olvida de la talla de Frank Stella, Malevich, Mothorwell, Palazuelo o Robert Ryman.

MEJUTO FRAGUA SU PERSONALIDAD a través del legado de aquellos creadores de estilo geométrico y minimalista y siempre en la vía de ordenación espacial, a sabiendas de que la pintura geométrica todavía no está agotada sino que se puede seguir reinventando. Pero asimismo es consciente de que la búsqueda de un destino no se entiende sin nuestros orígenes culturales grecolatinos. Lo remarca con el elegante título *Orde dórica*, un reclamo tanto a su legado como al más cercano de Frank Stella. Esta obra se corresponde con un nombre grandioso para un enorme lienzo de dimensiones sobrias y rigor modular, como aquel orden que lanzó al orbe la precisa relación modular de la normativa clásica y que a partir de entonces se hizo imprescindible a toda forma del buen construir aunque en ocasiones fuese para negarlo.

En esta pieza, y como ya es frecuente en otras de sus tantas composiciones, lanza en el lienzo módulos quebrados a la mirada del espectador y que sólo por el mero título nos lleva a adivinar de qué



VÍTOR MEJUTO Y SU ORDENACIÓN GEOMÉTRICA DE 3X3

TEXTO **Fátima Otero**. Crítica de Arte

va esa columna mítica ideadora de espacios. Pero antes que nada, su trabajo se asienta poderoso y omnipresente remarcando la sobriedad de sus aristas y proyectado al infinito a través de planos hipotéticos que consiguen la impresión de enorme profundidad espacial.

Aunque este título nos lleve a la antigüedad, algún otro nos traslada al mundo de la música, de la parcelación agraria, de los cafés, del cómic o a variopintas fuentes surgidas al azar. Pero en el fondo late el recuerdo del maestro Leonardo, pero eso sí, siempre aderezado con evidente sentido del humor hacia el mundo casi irreal en el que desvuelve toda su existencia creadora.

Un trabajo, de Mejuto, que se fragua en la libreta. De las muchas formas vertidas en sus numerosos apuntes sólo unas cuantas llegan al lienzo. A veces

en pequeños formatos, como de los que se compone la sala del fondo en la que juega con el ritmo de 3 X 3 y por añadidura por treinta. Otro agradecimiento a la galería que ahora le acompaña, la compostelana Trinta, y un guiño a las formas musicales y a los prouns de El Lissitzky, que tanto admira.

EN REALIDAD, tanto aquí como en todo el montaje expositivo en el que se barajan tan sólo familias de formas y colores, el único discurso posible es precisamente la ausencia de éste ya que el artista intenta alejarse de cualquier lastre de complejidad obligatorio a un aprendizaje. En su pintura prima la plástica abstracta, la mente del creador configura un rico mundo de colocación nítida, combinaciones lineales pulcramente estudiadas, colores geoméricamente calculados, líneas y superficies interrumpidas continuamente, fugadas a los vértices de los cuadrados como nota musical, cual un campo ópti-

co inquieto, pero aparentemente alejado en su inexistente búsqueda de enrevesadas explicaciones.

EL CONJUNTO DE SU OBRA representa campos de color en alta o fría temperatura. Siempre encajando la figura en la tela con cinta adhesiva; usados desde el pincel y nunca desde el rodillo, precisamente para dejar la marca del utensilio, para no peinar la pintura y sí remarcar la huella y el rastro del hombre artista frente al producto manufacturado. Puede que el artista actúe así porque cree que ya se encargará la vista del espectador de poner las imperfecciones en su sitio a la hora

de observar el lienzo a distancia, como manda el protocolo. Lo hace, quizá, con toda intención, convencido de que el error intencionado debe ser captado por el que descubre su obra y para que la cadencia de una seriación columnaria clásica sea total.

Sueña el artista de Melide en abstracto, en el mismo lenguaje que usa para pintar o para organizar sus composiciones. Porque en definitiva a eso se reduce su obra: a encuadre tras encuadre. Son producciones resultado de una investigación personal en la que insiste en la ordenación y estructura de un lienzo con una amplia familia de formas reticulares, triangulares que cambian como sus campos de color a giros orgánicos o en perpendiculares líneas cortantes para vislumbrar espacios sin ningún tipo de coartada intelectual.

Porque, como él asegura, lo que hay es lo que hay. Pero eso sí, miren bien porque existe un largo camino recorrido hasta llegar a la exposición que comentamos. Un extraordinario comisario detrás de este proyecto, David Barro, y una idea recurrente de pintar sobre lo pintado con tenues cambios y volcado en un lenguaje ajeno a la moda contemporánea. Es una obra que mira al lenguaje constructivo y desecha el arte de densa explicación literaria. Él, como crítico de arte que también es, vuelca esa otra faceta profesional en sesudos textos críticos a otros compañeros de profesión, pero no a sí mismo.